

Corina Vargas de Medina

## Helen Keller (\*)



SEÑOR rector de la Universidad, Helen Keller, señorita Polly Thompson, señores representantes de la Fundación Care, colegas de la Facultad de Filosofía y Educación.

La Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción tiene hoy el alto honor de recibir en esta sesión solemne a la insigne educadora y escritora norteamericana, señorita Helen Keller, que ha llegado hasta nosotros, siguiendo el impulso de su alma generosa que la mueve a transmitir sus valiosas experiencias como un estímulo para ayudar a los que sufren.

Esta actividad humanitaria realizada con el amor, el interés y la devoción que Helen Keller pone en toda tarea, sería suficiente para agotar las energías de cualquiera que se dedicara a ella con igual fervor. Pero ella no se siente satisfecha sino cuando se entrega por entero a los fines que se propone alcanzar, y su firme voluntad ha asignado a su vida, como único propósito, el de servir a los de-

---

(\*) Discurso de recepción a Helen Keller, como Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Concepción.

Las citas fueron tomadas de la obra *El Mundo donde vivo*, de Helen Keller. Traducción de María del Carmen Pasman. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, noviembre, 1945.

El artículo de Ernesto Montenegro, de la edición de "El Mercurio", del 17 de mayo de 1953.

más. Así es como ha impartido sus enseñanzas, por todo el orbe, mediante conferencias y ha expuesto su pensamiento en numerosas obras que dicen de su decidido afán de superación, de sus nobles ideales, de su acendrado optimismo, de su amor a la naturaleza y a los hombres y, sobre todo, de su incansable curiosidad que ha abierto múltiples caminos a su inteligencia extraordinaria.

Obligada por las circunstancias a volcar su espíritu hacia las profundidades de su vida interior, hace de la introspección un precioso instrumento para explorar los estados cambiantes de su conciencia inquieta y vivaz; así ha adquirido, mediante la reflexión, un conocimiento fiel de su realidad subjetiva.

Luego, expresa este saber en forma tan bella y objetiva que desafía lo inefable de la experiencia individual y nos revela el secreto de su cabal comprensión del mundo circundante. Es que Helen Keller no sólo posee una fina sensibilidad que le permite vivir intensamente cada experiencia suya sino que puede, al mismo tiempo, aprehenderla en toda su fugaz realidad, mediante una poderosa intuición que constituye su verdadero "sentido interior".

De este modo, elabora los datos sensibles, construyendo, con ayuda de su activa imaginación, un sistema de conceptos y principios abstractos, cuya elevación y profundidad son difíciles de igualar. No resisto el impulso de leerles algunas de sus páginas:

"La realidad de la cual los objetos visibles son el símbolo, brilla ante mi mente. Cuando camino por mi habitación, con pasos inseguros, mi espíritu avanza majestuosamente en su marcha impetuosa hacia el cielo, como encaramado en las alas del águila mientras dirige su visión imperecedera sobre el mundo de la belleza intangible".

El alto vuelo de su espíritu es, sin duda, la nota que da a su sobresaliente personalidad relieve de valor universal, como puede verse también en otra página:

"De acuerdo con todo arte, toda naturaleza y todo pensamiento coherente, sabemos que el orden, la proporción y la forma son elementos esenciales de la belleza. Ahora bien, la forma, la propor-

ción y el orden son elementos evidentes al tacto. Pero la belleza y el ritmo son como el amor y la fidelidad, más profundos que éstos. Surgen de un proceso espiritual ligeramente subordinado a las sensaciones. La forma, la proporción y el orden están imposibilitados de engendrar por sí solos en la mente la idea abstracta de belleza, a menos que exista una comprensión mutua de alma que dé vida a estos elementos”.

Veamos ahora su descripción penetrante de la percepción:

“Entre todas las cosas existe una consonancia, una mezcla de cuanto conocemos sobre el mundo espiritual y material. Para mí consiste en todas las impresiones y vibraciones, en el calor y en el frío, en el gusto y en el olfato, y en las sensaciones que éstas transmiten a la mente, combinándose hasta el infinito con las distintas ideas agrupadas y el conocimiento adquirido”.

Observemos también su completa síntesis de la evolución del conocimiento del yo, desde su identificación con las cosas y la socialización de la persona, hasta llegar a la evidencia de sí mismo en toda su dimensión histórica, meta de todo ser humano:

“A medida que mis experiencias se fueron agrandando y profundizando, los sentimientos indeterminados y poéticos de mi niñez, fueron asentándose hasta convertirse en pensamientos precisos. La naturaleza —el único mundo al alcance de mi mano— me incluía y envolvía en ella. Siento predilección por los filósofos que sostienen que lo ignoramos todo, excepto nuestros propios sentimientos e ideas. Con la ayuda de un pequeño e ingenioso razonamiento se puede considerar al mundo material simplemente como a un espejo o como a una imagen de permanentes sensaciones mentales. En cualquiera de estas dos esferas el conocimiento propio es la condición y el límite de nuestra conciencia”. Y notemos su fina ironía en las líneas siguientes: “Esta es la razón por la cual, tal vez, muchas personas sepan tan poco acerca de lo que está más allá de su corta línea de experiencia. ¡Se examinan a sí mismos, y como no encuentran nada, llegan a la conclusión de que tampoco hay nada fuera de ellos!” Ahora señala el fenómeno del descubrimien-



to del yo en la adolescencia y la acción socializadora de los demás: "Como quiera que mi posibilidad de introspección llegara más tarde, debí recurrir a mis semejantes en pos de una idea clara de mis emociones y sensaciones. Tuve que aprender los signos exteriores que provocan los sentimientos internos. [El origen del miedo, la reprimida y refrenada tensión del dolor, el chocar de unos músculos contra otros, debían ser percibidos y comparados de acuerdo a mis propias experiencias antes de que yo pudiera determinar su origen en el alma intangible de otra persona. Andando a tientas y en la mayor incertidumbre encontré al fin mi identidad; y sólo después de ver mis propios pensamientos y sentimientos repetidos en los demás seres, construí gradualmente mi mundo que es a la vez el de Dios y el de los hombres. Mientras leo y estudio llego a la conclusión de que esto es también lo que ha alcanzado el resto de la humanidad. El hombre se busca y estudia a sí mismo, y a su debido tiempo encuentra su grado de extensión y el verdadero significado para sí del universo".

La elevación del espíritu de Helen Keller se manifiesta, asimismo, en la dignificación de todas las formas de vida, como se ve en este pasaje:

"Me compadecía de las plantas cuando eran despojadas de sus flores, porque pensaban que esto las hería, haciéndoles sentir un profundo pesar por sus capullos perdidos. Pasaron muchos años hasta que me convencí de que mis perros no podían entender lo que les decía, ya que acostumbraba a pedirles disculpa cada vez que los pisaba o tropezaba con ellos".

Su alma traspasada de sentimiento, al ponerse en contacto con la naturaleza proyecta en ella sus delicados matices interiores, expresando así, espontáneamente, la estructura esencialmente afectiva de la experiencia psicológica, mucho tiempo antes de que la ciencia pudiera demostrarlo.

"Las maravillas innúmeras del universo nos son reveladas en la medida en que somos capaces de recibirlas. La sutileza de nuestra visión no depende de cuanto somos capaces de ver, sino de cuanto

somos capaces de sentir. Pero tampoco es el mero conocimiento el único creador de la belleza. La naturaleza dedica sus más exquisitas canciones a aquellos que la aman con sinceridad. No descubre sus secretos a los que acuden a ella con el único propósito de satisfacer sus ansias de análisis, o simplemente para reunir informes materiales, sino a los que saben hallar en sus múltiples fenómenos motivos de sentimientos delicados y sublimes”.

En la esfera de los valores intelectuales citemos todavía una “experiencia inolvidable” de nuestro ensayista Ernesto Montenegro en el Teatro Hipodrome de Nueva York: “Una mujer, ya madura, pero muy joven por la fisonomía, estaba con las yemas de sus dedos ligeramente apoyadas en la cubierta del piano, “oyendo” de esa manera a un gran artista que tocaba un aire campestre de Grieg. Con atención reconcentrada, su semblante iba reflejando como un claro espejo, las tonalidades ya alegres, ya melancólicas de la música. Era como un licor sutil que ella iba sorbiendo con delicia igual que el más fino catador... Nosotros nos sentíamos bajo una impresión religiosa, exaltada y enternecida a la vez. Luego se nos ofreció un nuevo prodigio: aquella mujer habló en voz alta y durante un cuarto de hora explicó con palabras graves y animosas, su concepción del mundo y de la sociedad humana ideal. Era Helen Keller... Encara su auditorio con noble simpatía. Aspira profundamente el aroma de un ramillete que está sobre el piano, siente el calor humano de la sala repleta y afirma su fe en la bondad y en la inteligencia humanas, en la virtud fecundante del amor y el imperativo de la justicia”.

Pero el ámbito en que su riqueza espiritual alcanza una expresión más poética y a la vez más humana es en el de la emotividad; sus vivencias cobran aún mayor sentido y las palabras vibran estremecidas, como incapaces de contener la palpitante vida interior que las anima. Para hacerles partícipes de ella voy a leer dos trozos de su poema *Canto a la Obscuridad*.

## I

No me atrevo a preguntar por qué plenos de luz  
Vivimos desterrados en solitarias islas,  
Por qué nuestros ojos esperan mágicas visiones  
Que se esfuman y alejan dejándonos en sombras.  
El secreto de Dios flota sobre los altares;  
En su enigma no me atrevo a atisbar: sólo sé esto:  
Con El está el saber; con El está la fuerza  
Y su sabiduría obscureció nuestra ruta.  
"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio".

¡Oh Oscuridad! ¡Terrible, dulce y sagrada Oscuridad!  
En tu solemne espacio, por encima de la mirada humana,  
Dios modeló Su universo, cimentó la tierra;  
Delineó sus confines y marcó su línea de horizonte,  
La circundó de mares e hizo con las esplendorosas nubes mantos pa-  
ra cubrirla.  
Envió luego Su aurora, y mirad al negro caos en fuga  
Ante los rayos del naciente sol.  
Separó el cauce de un río para solaz de las aguas.  
Mandó a la fresca lluvia acariciar la tierra:  
Sobre la soledad febril donde no existían hombres,  
Sobre el desierto arenoso donde hierba no brotaba,  
Y ¡Oh milagro! verdecieron a su influjo los prados  
Y las colinas todas se vistieron de fiesta.  
"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio".



¡Oh Oscuridad, secreta e inescrutable Oscuridad!  
En tus silenciosos abismos, no sondeados por los hombres,  
Dios forjó el alma humana.  
¡Oh Oscuridad! ¡Compasiva y sapientísima Oscuridad!  
Tiernamente, como las brumas al ocaso, llegas al hombre.  
Suavemente posas tu mano sobre sus cansados párpados,  
Y su espíritu, fatigado y nostálgico, refrescas con tu sedante  
abrazo.

“De la vaga y misteriosa oscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio”.

¡Oh Oscuridad! ¡Sabia, vital, ágil Oscuridad!  
En tu misterio escondes la lumbre  
Que es del alma la vida;  
Por tus costas solitarias camino sin temor;  
Nada me asusta, aunque cruce el valle de las sombras.  
No conoceré el éxtasis del miedo  
Cuando, gentil, la Muerte me arrebatte la vida;  
Cuando las puertas de la noche se abran  
Y se derramen los esplendores del día.  
“De la vaga y misteriosa oscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio”.

Tímida y medrosa huye de la oscuridad el alma;  
Pero sobre las mejillas del que ha de vivir en la penumbra  
Sopla el viento de celestes alas,  
Y en su torno resplandecen invisibles fuegos.  
Mágicos rayos brillan al través de la sombra;  
Caminos de belleza enlazan a su noche eterna  
Y la conducen a otro mundo de luz,  
Donde ningún arcano le oculta el Paraíso.

"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio".

¡Oh, bendita seas, serena Obscuridad!  
Con el que vive solitario en tu seno  
Eres benigna y amistosa,  
Del duro mundo los separas, sí,  
Pero le susurras los secretos de la noche encantada;  
Ofreces a su espíritu horizontes de ilusión y de magia;  
Glorificas todas las cosas humildes;  
Con tus piadosas alas cubres todo lo feo;  
Bajo tus protectoras alas se encuentra la paz.  
"De la vaga y misteriosa obscuridad surgimos  
Y dentro de poco retornaremos  
A su vasto y callado dominio".

## II

Por regiones sin luz un tiempo anduve;  
En la negra obscuridad me tambaleaba  
Y el miedo me llevaba de la mano.  
Mis pies aferrábanse a la tierra,  
Temerosos de abismos ignorados;  
Los nocturnos terrores me asustaban,  
Y mis brazos tendía suplicantes  
Al día templado que nacer sentía.  
Entonces llegó el Amor. En su mano traía  
La antorcha que alumbra mi sendero.  
Suavemente habló el Amor. Me dijo: "¿Has penetrado en los tesoros  
de la noche?  
¿Has penetrado en los tesoros de la sombra?  
Olvida tu ceguera y podrás verlos  
En despliegue de encanto y maravillas".



Estas dulces palabras me inflamaron.  
Mis dedos ansiosos descubrieron los enigmas,  
Los fulgores, las más profundas esencias de las cosas.  
En el infinito, con espiritual mirada,  
Abarcaron en su plenitud la vida.  
Y las puertas del día permanecieron francas.  
Me estremezco de ventura  
Mis miembros tiemblan de alegría;  
Mi corazón, y la tierra misma,  
Laten con regocijo.  
El éxtasis de la vida  
Está el mundo entero.

Mi conciencia me ha revelado el cielo;  
En las más lejanas riberas de la obscuridad hay ahora luz;  
¡Un rayo iluminó la medianoche!  
¡El cielo que entre sombras debatíase  
Encontró un nuevo día!  
En la obscuridad brilla la estrella del Pensamiento,  
La imaginación tuvo una mirada luminosa  
¡Y pudo la mente adivinar la gloria!

La corporación universitaria más austral del mundo, que tengo la honra de representar en estos momentos, al tomar conocimiento de vuestra visita decidió, de inmediato, rendir un tributo de admiración y de respeto hacia vuestra persona y vuestra obra. Como símbolo de estos sentimientos os otorga el diploma de Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Educación. Aceptadlo, no como un galardón más, sino como signo de nuestro reconocimiento por vuestra labor de educadora y por la nueva luz que vuestra presencia ha traído a nuestras almas.